

LA VELADA EN BENICARLÓ

MANUEL AZAÑA

LA VELADA
EN BENICARLÓ

Diálogo de la guerra de España



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

imagen de la cubierta: istock

Primera edición: marzo de 2017

© Herederos de Manuel Azaña, 1974, 2005

© de la edición: Manuel Aragón, 1981, 2005, 2017

Edición original en Castalia: 1981, 2005

Castalia es una marca registrada de Edhasa

Las fotografías reproducidas en el Archivo gráfico han sido cedidas gentilmente por

D.Vicente A. Serrano para esta edición.

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1128-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 3458-2017

Impreso en España

SUMARIO

Nota a esta edición	9
Nota a la segunda edición	15
Estudio preliminar	23
1. Apuntes biográficos	23
2. El político intelectual	29
3. El liberalismo radical de Azaña	36
4. La reforma desde el poder: el Estado «educador»	44
5. La guerra civil y <i>La velada en Benicarló</i>	54
Bibliografía	67
Nota previa	71
LA VELADA EN BENICARLÓ	73

NOTA A ESTA EDICIÓN (tercera edición)

Pasados once años desde la segunda edición que publicara entonces Editorial Castalia, vuelve a publicarse *La velada en Benicarló*, de Manuel Azaña, ahora en Edhasa Literaria, manteniendo las mismas premisas que sus ediciones anteriores. En esta tercera edición, al igual que en la segunda de 2005, se incluyen el «estudio preliminar», la «bibliografía» y las «notas» (editorial y a pie de página) que redacté para la primera edición de 1974, y que se mantienen sin variación alguna, pues siguen vigentes, a mi juicio, las razones que, para no modificarlas, expuse en la nota a la segunda edición. A esa nota, que también se incorpora a esta tercera edición, me remito. En ella, aparte de otras consideraciones referidas, en general, a la importancia de la obra política e intelectual de Manuel Azaña, y en particular a determinadas características del libro que se reeditaba, advertía sobre la validez específica que podría tener, en 2005, la lectura de *La velada en Benicarló* como antídoto frente a los intentos que entonces se producían de resucitar el viejo odio que dio lugar al fracaso de la República y a la tragedia de la guerra civil.

Aquella preocupación mía de 2005 no ha perdido, lamentablemente, actualidad, pues la instigación de enfrentamientos

entre españoles aún no ha desaparecido en determinados sectores de nuestra política, no mayoritarios, pero sí muy activos. Hoy, transcurridos ya casi ochenta años desde la República y la guerra civil, y más de cuarenta desde la muerte de Franco, cuando ya muchos creíamos que las viejas heridas habían quedado cerradas por una admirable Transición de la dictadura a la democracia y por una Constitución de amplio consenso que, desde 1978, estableció en España un Estado de Derecho democrático y social, parece que el peligro de tornar al odio fratricida, a la consideración del adversario político como enemigo al que hay que destruir y, en definitiva, al desprecio por las reglas de la democracia constitucional, no ha desaparecido. Como tampoco ha desaparecido, sino que se ha incrementado, el intento de destruir la unidad de la comunidad política española pese a siglos de vida en común. Todo ello, además, alimentado por un clima, el actual, en el que proliferan los extremismos y la demagogia, que no sólo se ha extendido en España, sino también en las demás sociedades del mundo occidental.

Otra vez, en consecuencia, resulta necesario releer a Azaña, a la totalidad de sus escritos y discursos, en los que tantas veces reiteró sus ideas de que no pueden garantizarse la libertad e igualdad más que en la democracia parlamentaria, única forma civilizada de organizar el poder, de que el Estado ha de fomentar la educación y la cultura, de que España, como realidad histórica y política sólo tiene sentido si no se fragmenta y, por ello, si su unidad ampara también la diversidad. Fuera de la democracia parlamentaria, del Estado de Derecho, diría una y otra vez, no hay más que totalitarismos, esto es, antidemocracia productora, más pronto o más tarde, de miseria material e intelectual, dominio de los débiles por los poderosos, lucha constante de todos contra todos.

Pero, más especialmente aún conviene leer de nuevo esa especie de testamento político que fue *La velada en Benicarló*. Una pieza literaria de excepcional valía por la tersura de su prosa, despojada de cualquier barroquismo (que sí había afectado negativamente a su, por fortuna, escasa producción novelística y teatral), caracterizada por un estilo conciso y directo tan en la línea de la escritura de algunos de sus ensayos, de muchos de sus artículos en la prensa, de sus diarios y memorias y de sus cartas, entre ellas la admirable que, en los peores momentos, dirigió a Ossorio y Gallardo. Pero, además de ese valor literario, lo más significativo de *La velada* es que constituye un alegato ecuánime, inteligente, a favor de la tolerancia, de la reconciliación, de la democracia y de la libertad, hecho en tiempos tan poco propicios para ello como los de la guerra civil y formulado, precisamente, por quien encarnó como pocos el espíritu de aquella República atacada por los militares golpistas, pero también por gran parte de los propios republicanos. Azaña, cuando escribió *La velada*, era consciente de que su ideal de República (un Estado de Derecho democrático, social y autonómico, esto es, el que muchos años después establecería la actual Constitución) estaba pereciendo en aquellas circunstancias españolas, pero no abdica de él. No abandona sus convicciones políticas, pese a que las sostenga, en aquellos trágicos momentos, casi en solitario.

Por ello, en *La velada* dirá que «ninguna política puede basarse en la decisión de exterminar al adversario», que «es un despropósito inmoral y un dislate político separar la intención de una causa de los medios empleados para su triunfo», o que la cuestión capital que se plantea en la vida política y que debe orientarla se reduce «a un problema de libertad, de razón, de dignidad humana. A implantar un ré-

gimen tolerable, tolerante, manifiesto en un Estado más inteligente, más próximo a la moral social de nuestro tiempo, que aproveche mejor el valor de los hombres y respete la independencia de juicio». Ante el fracaso de la República y la tragedia de la guerra civil constata, con desgarrada lucidez, que «sea cual sea el curso de los sucesos, lo más claro hasta ahora es el hundimiento de la República», «la corriente inspiradora de la República ha quedado desviada o enturbiada. Ahora me doy cuenta de que muy pocos bebían en ella, si no era por frivolidad o por conveniencia de adaptarse».

Al levantar el acta de aquel fracaso aclara: «No me refiero, como creerán muchos, al llamado «desbordamiento» político y social. La tolerancia religiosa introducida por fuerza de la ley en un país de intolerantes, la libertad de conciencia y de cultos, se han anegado en la matanza de curas, en la quema de iglesias, en convertir en almacenes las catedrales, de una parte; y de otra, en fusilar masones, protestantes y ateos. Así en los restantes temas adoptados por la República en su acción inmediata. Pero no me refiero a ello. Pienso en la zona templada del espíritu, donde no se aclimatan la mística ni el fanatismo políticos, de donde está excluida toda aspiración a lo absoluto. En esa zona, donde la razón y la experiencia incuban la sabiduría, había yo asentado para mí la República. La República no tenía por qué embargar la totalidad del alma de cada español, ni siquiera la mayor parte de ella, para los fines de la vida nacional y del Estado. Al contrario: había de desembargar muchas partes de la vida intelectual y moral, indebidamente embargadas, y oponerse a otros embargos de igual índole, pedidos con ahínco por los banderizos. Durante seis años, esa convicción ha estado latente en todos mis juicios sobre el porvenir de la República. No todos lo han entendido. Lo pensaba así, en nombre de la fecundidad de la vida

del espíritu, único y verdadero fundamento de la civilización. Si la República no había venido a adelantar la civilización en España ¿para qué la queríamos?».

Ante el fanatismo, de todo signo, incubado antes, pero desatado en la guerra, dirá que «mi postura es la más incómoda. Ninguno de los valores que formaron mi persona moral se ha derrumbado. Lo que antes me parecía justo, sigue pareciéndomelo. Lo odioso, también. No me he puesto una máscara, ni me he quitado ninguna, porque no la tenía. Aguanto la guerra con espíritu de paz y las ráfagas de insania con mi razón entera. Causa de mis mayores tormentos, porque rechazo toda anestesia. No quiero ni puedo dejar de ser lo que soy».

¿Qué es lo que fue y seguirá siendo Manuel Azaña hasta su muerte muy poco después de terminada la guerra civil? Un liberal demócrata que pudo haber cometido errores como gobernante, pero que nunca abdicó de su compromiso político, intelectual y moral, por hacer de España una comunidad civilizada, o lo que es igual, compuesta de personas libres e iguales en su libertad. Ese anhelo entonces fracasó, pero aquel compromiso, trasladado a las nuevas generaciones, no debe perder vigencia, ya que su cumplimiento es la única vía para hacer frente a los nuevos peligros que hoy se ciernen sobre nuestra democracia constitucional. La lectura cuidadosa de *La velada en Benicarló* puede ayudarnos mucho en ese empeño.

MANUEL ARAGÓN

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN (2005, Editorial Castalia)

Treinta años después vuelve a editarse, por Castalia, este libro. Nos ha parecido conveniente, a la editorial y a mí, no alterar aquella edición de 1974 y, por ello, dejar el «estudio preliminar», la «bibliografía» que le acompañaba, las «notas sobre la presente edición», que le seguían, así como las notas a pie de página, tal como entonces se redactaron y publicaron. Y ello por varias razones: en cuanto a las notas a pie de página y a las «notas sobre (aquella) edición», porque son inseparables de la publicación de *La velada en Benicarló* por Castalia, que además le prestan un especial valor; por lo que se refiere al «estudio preliminar», porque poco podría ahora modificar, ya que sigo estando de acuerdo con lo que entonces escribí, pese a que en estos treinta años transcurridos se han publicado, aparte de otros trabajos míos, importantes contribuciones sobre Azaña, entre las que cabe señalar la de Santos Julia, pero que no obligan, creo, a rectificar lo que allí se decía; y, en fin, la «bibliografía» con que se cerraba el propio «estudio» tenía un sentido en cierto modo histórico, por fijar la imagen de Azaña en 1974, muy revelador de lo que significó la edición en aquel momento, y que se perdería si se incluyese ahora todo lo publicado sobre Azaña posteriormen-

te. Por tales razones hemos repetido, íntegramente, aquella primera edición que constituyó, me parece, un relevante acontecimiento político-intelectual. En la España de los años finales de la dictadura publicar *La velada* después de superar muchas dificultades que no viene ahora al caso recordar, pero que cualquiera puede comprender, supuso, de un lado, reivindicar la importancia política e intelectual de la figura de Azaña, tan vilipendiado por el franquismo y, al mismo tiempo, tan desconocido por las jóvenes generaciones de españoles, de otro ayudar a la recuperación de una tradición liberal-democrática afectada por las mismas circunstancias y, finalmente, promover la difusión de un análisis, como el contenido de *La velada*, sobre los problemas de la República y muy en particular sobre la guerra civil, realizado con una hondura y ausencia de sectarismo admirables, por quien fue, precisamente, el presidente de aquella misma República asediada por la guerra (*La velada* se escribió en 1937) y al final vencida.

En 1974, cuando desde los sectores más vivos de la sociedad española se anhelaba el cambio político hacia la democracia, la recuperación del pensamiento de Azaña adquiriría una especial significación. Por ello la publicación de *La velada* en otoño de aquel año fue, sin duda, un hecho que se inscribió de manera destacable en los esfuerzos de entonces de rechazo del franquismo y búsqueda de la libertad.

Al recordar ahora aquella edición no pueden silenciarse dos nombres decisivos que la hicieron posible: José Luis Abellán, director de la Biblioteca de Pensamiento, de Castalia, que la promovió, y Amparo Soler, sostén y alma de Castalia, que con todo entusiasmo la apoyó. Tampoco debo ocultar la ayuda que me prestaron, en mis tareas de editor e introductor, Dolores de Rivas Cherif, viuda de Azaña, y Enrique de Rivas, su so-

brino. Gracias, pues, a todos ellos pudo, por fin, publicarse por primera vez en España, a los treinta y seis años de haber visto la luz en Francia (edición realizada en 1938, a la que siguieron la argentina de 1939 y las italiana y mexicana de 1967) una de las obras señeras de Manuel Azaña, corregida de erratas que arrastraban anteriores ediciones extranjeras y, por ello, con el texto auténtico que había decidido su autor.

El impacto que en España causó esta publicación de *La velada* se acrecentaría años después con la puesta en escena de la excelente versión teatral que de ella hizo José Luis Gómez, en la que tuve la oportunidad de colaborar, y que alcanzó un éxito notable. *La velada* obtuvo, así, el reconocimiento que en España se merecía como documento político y como reflexión intelectual.

Una vez apuntado, pues otra cosa no se puede en lo que quiere ser una breve nota, el significado que tuvo en 1974 aquella primera edición, cabría preguntarse qué sentido tiene ahora la segunda, treinta años después, cuando tantas cosas han cambiado entre una y otra fecha.

Para responder a esa pregunta me parece que puede adelantarse que tales cambios han afectado, como es lógico, a algunas de las razones que avalaron la edición de 1974, pero no a las principales, que se mantienen. Si pasamos revista, primero, a lo que, sin duda, se ha transformado, resulta claro que, al ser la situación política actual radicalmente distinta a la de entonces, desaparece con ello uno de los significados que tuvo aquella primera edición: en la España de hoy publicar *La velada* ya no podría considerarse un acto de rebeldía, como sí lo fue en 1974, pues, afortunadamente, la parte nuclear de los designios políticos de Azaña se encuentra ahora incorporada al texto de nuestra Constitución. También ha

cambiado la imagen de Azaña, un hombre denostado entonces por el franquismo y hoy ampliamente respetado hasta el punto de haber sido reiteradamente citado con elogio por un presidente de Gobierno de derechas. Se ha transformado, igualmente, el grado de conocimiento de las obras de Azaña, a las que entonces sólo podía accederse, y ello con bastantes dificultades por las trabas que ponía el mismo régimen político, a través de la edición mexicana de las *Obras Completas*, de 1967, preparada por Juan Marichal; en cambio, hoy ya se han difundido ampliamente en España todos los discursos y escritos de Azaña, incluida la parte de su «Diario» (o «Memorias») que, por haberse recuperado posteriormente, no pudo recoger la citada edición de Marichal. En cuanto a los estudios sobre Azaña la situación también ha variado considerablemente: entonces eran muy pocos y ahora contamos con gran cantidad de publicaciones sobre su pensamiento y su obra política. Se han alterado, pues, algunas de las razones que justificaron la primera edición, en la medida en que hoy, como acaba de decirse, ni hay que luchar contra una dictadura ni Azaña está tan necesitado de reivindicación y difusión. Sin embargo, otras razones, quizá las principales, como ya se adelantó, y que se refieren no tanto, en general, a la figura de Azaña o al conjunto de sus obras, cuanto, específicamente, a *La velada en Benicarló*, siguen teniendo plena vigencia, puesto que descansan en el carácter muy singular de esta obra, lo que, sin duda, justificará siempre su publicación, especialmente oportuna, además, en estos momentos. Por ello ha de considerarse esta segunda edición, que ha sido posible gracias a la buena disposición de Enriqueta Azaña, sobrina del autor, como un completo acierto, pues esta obra se destaca, con luz propia, dentro de toda la producción intelectual de Manuel Azaña.

Efectivamente, como se detalla en el «estudio preliminar» a la edición de 1974 y que ahora se vuelve a incluir, en *La velada* se contienen las claves principales de pensamiento de Azaña, y por ello resulta esencial dentro de toda su producción; está concebida, además, deliberadamente, como una especie de testamento político de su autor, lo que nos permite conocer sus últimos designios y contrastarlos con sus posiciones intelectuales y políticas anteriores; y, sobre todo, se hace balance de la República y de la guerra, analizando, con admirable ecuanimidad, los avatares de aquella y el significado de ésta.

Azaña, en *La velada*, que está montada como un diálogo en el que se reflejan diversos puntos de vista sobre la República y, especialmente, sobre la guerra civil, no hurta el suyo propio, que expresa a través de los dos personajes principales de la obra: Garcés y Morales. Esto último nos permite conocer la opinión de Azaña (que coincide, por lo demás, con la expuesta en sus «Memorias») sobre aquellos acontecimientos. Para él, gane quien gane la guerra, la República («su» República liberal y democrática) habrá fracasado, pues ya ha caído en manos del extremismo, triunfante en uno y otro bando. La guerra, dirá Azaña, no sólo supuso, claro está, y principalmente, un condenable levantamiento en armas contra las legítimas instituciones republicanas, sino también el desmoronamiento interno de la propia República, maltratada por muchos de aquellos que debían defenderla. En su crítica será bastante más duro con los militares rebeldes y con las ideas antidemocráticas que representaban, como es obvio, pero no dejará de zaherir a gran parte de los propios republicanos, pues Azaña considera que destacados sectores de ellos, con sus actuaciones revolucionarias, unos, sus excesos nacionalis-

tas de desintegración territorial, otros, su indisciplina y sus desmanes, algunos más, han destruido los pilares jurídicos y políticos que daban sentido al régimen de la Constitución de 1931, aparte de convertirse, si al final la República perdía la guerra, en una de las causas principales de la derrota.

Animado (y no importa repetirlo, por lo raro que en aquellos momentos esta actitud podía resultar) por un firme propósito de ecuanimidad (pese a la guerra, diría Azaña en su discurso en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio de 1938, «no voy a convertirme en lo que nunca he sido: en un banderizo obtuso, fanático y cerril») defenderá, por supuesto, la legitimidad de la causa republicana, pero no silenciará, ni dejará de condenar, los crímenes cometidos en uno y otro bando, además de insistir en el componente cainita, de odio fratricida que, por encima de los enfrentamientos ideológicos o de clase, tuvo aquella espantosa sangría.

Este modo de juzgar la guerra civil, que no exime de culpa a los militares rebeldes, claro está, pero que tampoco declara por completo inocentes a todos los republicanos, otorga una especial utilidad a la presente edición de *La velada*, como antídoto a lo que parece un desatino: el intento de algunos, ahora, pasados ya tantos años, de desenterrar, en todos los sentidos, los enfrentamientos de aquella guerra, reavivando los viejos odios que la transición política, con el más loable propósito, había intentado apagar para siempre.

Hoy, cuando ya han transcurrido casi sesenta y cinco años de la muerte de Azaña, caben muchos juicios sobre su condición de político y de intelectual. Creo que puestos en una balanza sus aciertos y sus errores (y éstos los tuvo, por supuesto, y algunos muy graves) el resultado es positivo y el paso del tiempo no hará más que acrecentar el valor de su figura y de

su obra, desde luego de su obra intelectual. Pero, sobre todo, lo que no podrá nunca regateársele es su posición de dignidad moral, de auténtico patriotismo, adoptada en las horas decisivas de la guerra civil, cuando más difícil era sustraerse al odio y al rencor, máxime tratándose, precisamente, del propio presidente de la República atacada por la rebelión. De todo ello nos ha dejado suficiente testimonio en *La velada*. En aquellos tristes momentos, Manuel Azaña, en el discurso ya aludido de 1938, elevándose por encima de los dos bandos, y como expresión de sus más profundos deseos, envió un inequívoco mensaje sobre la guerra civil a las generaciones de entonces y a las venideras: «paz, piedad y perdón».

Cuando salió la primera edición de *La velada* creíamos muchos que, después de tantos años de propaganda contraria, se avizoraba un futuro en el que era posible, por fin, que ese mensaje fructificara. Cuando ahora aparece la segunda edición, además de constatar que sí fructificó en una reconciliación sellada, en 1978, por el texto constitucional, hay que volver a expresar, también, una esperanza: que ese fruto, que tanto costó cultivar, no se malogre.

MANUEL ARAGÓN

ESTUDIO PRELIMINAR

1. Apuntes biográficos

Nació Manuel Azaña en Alcalá de Henares el 10 de enero de 1880, en el seno de una familia acomodada, con tradición burocrática y de estirpe liberal. Su bisabuelo, notario de profesión, fue secretario del primer Ayuntamiento constitucional de aquella ciudad, y en calidad de tal proclamó la Constitución doceañista en 1820. Su abuelo, también notario, mandó el batallón alcalaíno de la milicia nacional. Su padre era alcalde constitucional de Alcalá de Henares el día que nació Azaña. El peso de esta genealogía en la toma de postura de Azaña ante la vida lo ha estudiado con agudeza el profesor Manchal,¹ y, efectivamente, aunque sin exagerarlo en extremo, puede ser considerado como dato importante para la comprensión de su personalidad. En todo caso, es evidente que Azaña tiene plena conciencia de esa historia familiar, como lo muestra que al escribir su segunda novela, *Fresdeval*, utilice como personajes a sus antecesores liberales.

Cuando Azaña tenía nueve años murió su madre, a los pocos meses falleció también su abuelo, y el día que cumplía diez años perdió finalmente a su padre. Azaña y sus dos her-

1. MAKICHAL, Juan, *La vocación de Manuel Azaña*, Edicusa, Madrid, 1968, pp. 23 y 24.

manos quedaron al cuidado de unas tías. De los trece a los dieciocho años cursó estudios de Derecho en El Escorial, en la Universidad (o Real Colegio) de los PR Agustinos. De su estancia en aquel lugar y de la influencia que ello tuvo en la formación de su temperamento (una mezcla de soledad, orgullo, hipersensibilidad y melancolía) nos dejó una valiosa descripción en su primera novela: *El jardín de los frailes*. Se licenció en Derecho en la Universidad de Zaragoza y se doctoró en la de Madrid en 1900, con una tesis sobre *La responsabilidad de las multitudes*. Pasó algunos años en la capital de España frecuentando la Academia de Jurisprudencia (donde pronunció en 1902 un discurso sobre «La libertad de asociación») y adscrito como pasante en el bufete de un célebre abogado (Díaz Cobeña), alternando con estancias más o menos largas en Alcalá. Obtuvo por oposición, en 1909, el puesto de letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado. En 1911 logró una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios, con destino a L'Ecole Nationale des Chartes, de París. En este centro de documentación y paleografía estudió Azaña el Derecho Civil francés de la Edad Media. Además de sus investigaciones sobre historia jurídica francesa y de su asistencia, en la Facultad de Derecho, a las clases del profesor Saleilles, siguió el curso del profesor Morel-Fatio en el Colegio de Francia sobre la historiografía de Carlos V. Estos últimos conocimientos serán, precisamente, los que utilizará frente a Ganivet² defendiendo el sentido popular del movimiento de las Comunidades, así como en otros muchos lugares de sus escritos y discursos cuando pretendía

2. AZAÑA DÍAZ, Manuel, *Obras completas*, Ed. Oasis, México (1966-1968), tomo I, pp. 568 a 619 (*El «Idearium» de Ganivet, 1921-1930*).

rastrear las huellas de una tradición democrática en nuestra historia nacional.³ Estuvo en París más de un año. Al poco tiempo de su regreso a Madrid fue elegido secretario del Ateneo. Vuelve otra vez a Francia en 1916, con un grupo de intelectuales españoles, para visitar los frentes de guerra.⁴ Su tercera estancia en París será en 1919, por un año. Estos viajes tendrán una indudable importancia para su formación intelectual y determinarán una inalterable actitud de cariño por Francia, en la que ve la patria de la libertad y la cultura.⁵

Resulta curioso contrastar cómo tres corrientes muy significativas entre nuestros liberales «europeístas», generalmente universitarios, que en aquellas décadas salieron pensionados al extranjero para ampliar estudios, pueden plasmarse en tres personas que, a su vez, representan tres talentos intelectuales coincidentes, grosso modo, con el espíritu cultural de los países que visitaron. Azaña coincide mejor con el modelo francés, como Ortega con el alemán y Jiménez Fraud con el inglés. Azaña sería, hasta el fin de su vida, un intelectual que, como muchos intelectuales franceses, ve en la política la cul-

3. *Ibid.*, tomo I, pp. 601 a 603, tomo II, pp. 264, 468, 995 y 996.

4. Ante el conflicto bélico Azaña se agruparía en el bando de los españoles aliadófilos (aunque en su caso cabría calificarle más exactamente como «francófilo»).

5. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo I, p. 81 (artículo en *La Correspondencia de España*, 11-9-1911): «Si Francia es todavía un hogar civilizado, fautor del progreso; si España (como Baroja reconoce) necesita de otros pueblos que la adoctrinen y la guíen, no hay por qué maldecir del genio francés ni de su prestigio entre nosotros, porque el influjo de un país superiormente culto sobre otro que lo es menos, nunca puede ser funesto para los intereses de la cultura misma, que es, en definitiva, lo que nos interesa»; más adelante, en la p. 82: «¿No es la misma Francia, es decir, ideas, procedimientos y hasta personas francesas, la que en el siglo XVIII promueve en España un ligero movimiento progresivo, fracasado por la pobreza y la inercia del pueblo?... Si los legisladores de Cádiz construyeron un Código liberal, creo que fue por la expansión de las ideas francesas, y como resultado de una propaganda de muchos años, que, aún coartada por los Gobiernos, difundió entre nosotros el espíritu del siglo XVIII».

minación propia, casi natural, de la vida intelectual; un intelectual político, un ateneísta, un pensador no especialista; un carácter, pues, más literario que científico, que entendió la política como labor artística, creadora. Ortega se destacaría siempre como un pensador riguroso, actitud más propia del intelectual alemán, que hace objeto de reflexión el pensamiento más que la realidad extrateórica y cuyas ideas no están, en consecuencia, abocadas de inmediato a la acción política, temeroso de comprometerse (o mejor cabría decir, de «ensuciarse las manos») con las tareas de gobierno, a las que siempre tuvo, además, un cierto despegue aristocrático. Jiménez Fraud se convertiría en un educador entregado plenamente a la pedagogía, tarea callada, gris, pero eficaz; en la misma línea de una corriente bien definida del pensamiento anglosajón que considera la reforma política únicamente realizable a través de la acción puramente social.

Aunque se ha pretendido distinguir un Azaña literato de un Azaña político, o se ha hablado de una doble vocación, literaria y política, estas dos vocaciones no son más que dos facetas de una personalidad única y fuerte y, en consecuencia, apenas discernibles. Por ello, aunque sus producciones literarias aparecen antes que sus actuaciones políticas, desde un principio se encuentran ambas preocupaciones efectivamente enlazadas. Ya en los años 1897-1898 publicó diversos artículos firmados con el seudónimo «Salvador Rodrigo» en la revista de Alcalá *Brisas del Henares*, y entre 1901 y 1902, con el mismo seudónimo, algunos artículos más y dos cuentos en la revista madrileña *Gente Vieja*. Otros artículos suyos aparecerán en *La Correspondencia de España* en 1911-1912 bajo el seudónimo de «Martín Pinol». Tanto en unos como en otros, junto a escritos de puro contenido literario hay muchos (los

más) de corte esencialmente político (sobre el Congreso, el sufragio, la política francesa, etc.). Su primer libro se publica en 1918, y precisamente sobre un tema político: *Estudios de política francesa* (donde se contienen ya la mayor parte de las teorías sobre la función del ejército que intentaría poner en práctica durante el primer bienio republicano). Colabora también en *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Fígaro*. Funda la revista literaria *La Pluma*, que se publicará desde 1920 a 1923, y desde el 1 de enero de 1923 hasta marzo de 1924 ocupa la dirección de la revista *España*, en la cual escribirá con asiduidad. En 1927 ve la luz su primera novela, *El jardín de los frailes*, y por aquel tiempo elaborará también sus estudios sobre Valera, que le valdrán el premio nacional de literatura.^{5bis}

En 1918 hizo su primera incursión en la política, presentándose como candidato a diputado del partido reformista por el distrito de Puente del Arzobispo, sin éxito. Volverá a hacerlo por el mismo distrito y dentro del mismo partido en 1923, perdiendo de nuevo las elecciones, según su cuñado y biógrafo⁶ a consecuencia de los manejos caciquiles. Sus intentos por conseguir un asiento en el Congreso se debieron, quizá, aparte de sus convicciones por entonces reformistas, a la fácil tentación de seguir los pasos de lo que constituía en aquellos tiempos la carrera habitual que se ofrecía a las personas con talento y aspiraciones. El Azaña de esos años era un Azaña nada revolucionario, impregnado por la corriente krau-sista, que creía en la posibilidad de mejorar, desde dentro, a

5 bis. Dentro de su labor intelectual no deben olvidarse tampoco sus excelentes traducciones de obras francesas e inglesas, entre las que cabe destacar *La Biblia en España*, de Bonow.

6. RIVAS-XERIF, Cipriano de, *Retrato de un desconocido (Vida de Manuel Azaña)*, Ed. Oasis, México, 1961, pp. 77 a 83.

las instituciones y a la sociedad, sobre todo a través de la tarea educadora llevada a cabo por minorías preparadas (repárese en que Azaña fue uno de los fundadores, en 1913, de la «Liga de educación política española» patrocinada por Ortega). Esta postura reformista quiebra ante la Dictadura de Primo de Rivera, contra la que se opone de inmediato; y el 17 de septiembre de 1923, a los cuatro días del golpe de Estado, Azaña se separa del partido reformista, mediante carta dirigida a Melquíades Álvarez⁷ reprochándole su inhibición ante lo que, a su juicio, suponía un ataque, perpetrado por el general insurrecto, contra la legalidad del poder público y contra los principios liberal-democráticos afirmados como indeclinables por el propio partido. En 1924, inmediatamente después de abandonar el reformismo, Azaña se proclama republicano y elige claramente, desde entonces, la vía revolucionaria. En ese mismo año escribe el manifiesto «Apelación a la República» y en 1925 funda el grupo político «Acción Republicana».

Contrajo matrimonio el 27 de febrero de 1929 con Dolores de Rivas Cherif, veintidós años menor que él, hermana de Cipriano, escritor y amigo suyo. No tuvo hijos. En 1930 es elegido Presidente del Ateneo de Madrid. Participa en el Pacto de San Sebastián, como representante de su grupo político, y toma parte en la fracasada conjura republicana de diciembre de ese año. Desde el 14 de abril de 1931 su trayectoria es de todos conocida: Ministro de la Guerra en el Gabinete presidido por Alcalá Zamora y, sin solución de continuidad, Presidente del Consejo de Ministros hasta el 9 de septiembre de 1933;⁸ pasó a la oposición con la victoria elec-

7. *Ibid.*, pp. 84 y 85.

8. En 1932, siendo Presidente del Consejo de Ministros, estrenó su obra teatral *La Corona*.

toral de las derechas en noviembre de 1933; acontecimientos de Barcelona y prisión de Azaña en el otoño de 1934; campaña electoral en 1935, con sus «discursos en campo abierto»; vuelta al poder con las elecciones de febrero de 1936; Presidencia del Consejo y, de inmediato, de la República; guerra civil. En 1937 escribe *La velada en Benicarló*. Durante los años de guerra prosigue, día a día, la redacción de sus memorias (a las que cabría mejor denominar «diario»). Vencido y desanimado pasa a Francia el 4 de enero de 1939. El 27 de febrero presentó su dimisión como Presidente de la República y el 3 de noviembre de 1940 murió en Montauban, ciudad del «Midi» francés. Azaña tenía sesenta años.

2. El político intelectual

Ahora, a más de treinta años de su muerte y de la guerra civil, con la perspectiva que nos da el paso del tiempo para la mejor comprensión de su persona y su obra, parece necesario enfrentarse seriamente con el estudio de Manuel Azaña.⁹

Quizá bastaría el hecho de haber sido Ministro de la Guerra, Presidente del Consejo y Jefe del Estado de la segunda República para que la preocupación por su obra política fuese una obligación ineludible de cuantos se interesan (deberían ser todos) por la comprensión de nuestro próximo pasado. Pero a este hecho, que explicaría el interés puramen-

9. Lo que no supone dejar de reconocer el mérito incuestionable de obras como la ya citada de Marichal (magnífica biografía intelectual) o el acercamiento humano al personaje que se aprecia en la de Emiliano Aguado (*Don Manuel Azaña Díaz*, Ed. Nauta, Madrid, 1972). Nos referimos, más bien, a la falta de estudios teóricos sobre la significación política del pensamiento de Azaña.

te general, hay que añadir una circunstancia muy cualificada que presta a la figura de Azaña un especial atractivo: la altura y el rigor intelectual de su pensamiento. Este binomio, inseparablemente unido en Azaña, del político y el intelectual hace que su estudio desborde los límites de la historia política. Azaña no es solamente un político que ha jugado un papel importante, decisivo, en nuestra historia, sino un político que es al tiempo un intelectual, que se esfuerza por comprender en términos racionales la realidad con que se enfrenta, por elevar a categoría la anécdota,¹⁰ y que nos ha dejado, además, los resultados de su esfuerzo en unas obras de bellísima prosa.

Si tuviéramos que desentrañar las calidades de su espíritu encontraríamos en primer lugar, como rasgo más sobresaliente, su capacidad de emoción estética. Degustador «entendido» de las artes plásticas y de la literatura, amante de la música,¹¹ sobre la que tenía criterios de fina comprensión... de todo ello nos ha dejado abundantes testimonios en sus «memorias». Como resumen de lo dicho vale su repetida frase de que

El museo del Prado es más importante para España
que la República y la Monarquía juntas.¹²

10. «Descubrir la conexión de los hechos notorios, resonantes en la vida cotidiana, con los impulsos inteligentes que aspiran a dirigirlos o a crearlos, ha sido mi propósito principal» (AZAÑA, *op. cit.*, tomo I, p. 259, «Estudios de política francesa», 1919).

11. RIVAS-XERIF, Cipriano de, *op. cit.*, pp. 206 y 207. Socio durante muchos años de la Filarmónica de Madrid, Presidente de Honor más tarde de la orquesta de Pérez Casas, su entusiasmo por la sinfonía *Pastoral* de Beethoven y por la sinfonía *Júpiter* de Mozart cuadra muy bien con el talante «rousseauiano» de su espíritu estético.

12. AZAÑA DÍAZ, Manuel, *op. cit.*, tomo III, p. 549 (carta a Ángel Ossorio, 28-VI-1939). En el mismo sentido: tomo III, p. 442 (*La velada en Benicarló*) y tomo IV, p. 895 (*Memorias*, 19-XJ-1938).

Pero es en la contemplación del paisaje donde más altura ganará su emoción estética. Azaña nos ha dejado unas hermosísimas descripciones de las tierras españolas, en las que se refleja una admiración constante por la pureza, la bondad, la belleza, la magnificencia de la naturaleza, que nos dice mucho de la influencia de las lecturas de Rousseau en su formación espiritual.

El caso de Madrid es singular para una capital. A los quince minutos de salir de casa, puede uno emboscarse en un monte solitario, disolverse en el natural, no corregido por nadie. Sin hablar de la calidad del paisaje. Aquellos lugares infunden en el ánimo el tónico acendrado de su hermosura. Profunda, sin ostentación imponente. Solemne. Por vía de la cual aprendí a evadirme de lo cotidiano y a restaurar en su nuda vetustez las cosas, como siempre fueron, antes de la mecánica, del turismo, de los deportes. Los riscos que señorean el Hoyo de Manzanares, abren un balcón sobre el valle de Cerceda, delante de la Maliciosa y la Pedriza. Un navazo alfombrado de yerbas olorosas: el horizonte, desde Gredos al Ocejón: Navachescas. Espesar de las encinas antiguas. Gamos en libertad. Suavidad incógnita del valle del Manzanares. Y aquel altozano, más allá de Alpedrete, de cara al circo de Siete Picos y Cabeza de Hierro, brillante como acero, húmedo de nieves derretidas, de chorros que se despeñan. Más lejos, la majestad del pinar de Balsaín. Y los ocasos en Cueva Valiente, teñidos de rojo, de malva, los cejales sobre la tierra segoviana. Apropíandome por la emoción tales lugares, he sido más fabulosamente rico que todos los potentados del mundo.¹³

13. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo IV, p. 693 (*Memorias*, 24-VII-1937).

A esta sensibilidad se une un voraz apetito de lector, difícilmente saciado con diarias lecturas que no se interrumpen ni en los momentos más críticos. En plena insurrección barcelonesa, en los graves acontecimientos de mayo de 1937, después de una jornada en la que su propia vida estuvo en peligro, mientras en la calle hay tiros, cañonazos, constantes refriegas, verdaderamente amenazadoras, cansado, nervioso, preocupado en extremo, ya entrada la noche, Azaña se retira a dormir, y se pone a leer, con agrado, hasta altas horas de la madrugada.

Cuando bajábamos la escalera... se reprodujo el fuego de ametralladora y bombas con más violencia que nunca. Los de la estación tiraban con saña. Suspendimos la salida, es claro. Toda aquella rociada nos habría caído encima... Se recibieron noticias de nuevos movimientos de columnas confederales que abandonaban el frente, camino de Barcelona... Mi mujer se retiró pronto. Yo estuve todavía un rato con los jefes y oficiales del Cuartro Militar, y de nuevo Masquelet logró impacientarme con su embobamiento y susto. Creo que le chillé, contra mi costumbre. Me fui a acostar y estuve leyendo hasta las cuatro de la mañana un libro de Jules Romain, que me gustó en extremo.¹⁴

Como político que es a la vez intelectual, se caracterizaría por la lucidez¹⁵ y por el afán de reflexionar sobre la realidad,

14. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo IV, p. 586 (*Memorias*, 20-V-1937).

15. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo II, p. 31 (Discurso de clausura de la asamblea nacional de Acción republicana, Barcelona, 14-IX-1931): «Y el entusiasmo no sirve para administrar ni para gobernar, ni para reformar un país; el entusiasmo ofusca el entendimiento,

y no sólo por la acción sobre ella, pero quizá también por un planteamiento demasiado intelectual de la vida política.¹⁶

Por ello, lo primero que se desprende de su obra, y que más puede llamar la atención por la constancia y reiteración con que es afirmado una y otra vez, es su continuo afán de «racionalización». Creemos que este hecho es fácilmente comprensible: muy propio del intelectual, pero más aún de un intelectual liberal-radical como Azaña, es la fe en la capacidad de la razón para ordenar la realidad.¹⁷ La existencia de leyes políticas racionales, y la posibilidad de que rijan por la sola fuerza de su propia entidad racional, es el hilo conductor que puede llevarnos a desentrañar el pensamiento de Azaña en lo que se refiere a las cuestiones políticas. Hay una afirmación suya extraordinariamente ilustrativa al respecto:

Y cuando yo me he puesto a trabajar... lo que uno piensa es que está realizando una España y un régimen según los dictados de su propia razón.¹⁸

Azaña, pues, intentará modelar la realidad política y social desde su particular planteamiento teórico, desde «su razón»,

paraliza la acción y extravía a las gentes. Y la obra de gobierno es toda serenidad, toda inteligencia, toda prudencia y tino en el manejo de los negocios públicos».

16. Dirá una y otra vez que la política es una actuación de la inteligencia (*Obras Completas*, tomo I, pp. 632 y 633), envidiará la «contaminación» que en Francia existe entre política e inteligencia (id. tomo I, p. 259). Su fe en la palabra, que «crea, dirige y gobierna» (id. tomo I, p. 459) se entiende desde esta actitud, así como también su exaltación del político que, a la vez, es buen escritor (crítica al libro del General Berenguer, id. tomo I, pp. 506 a 510).

17. Postura explicable si la ponemos en relación con el «culturalismo» propio del intelectual y la separación entre razón y realidad que se predica por el pensamiento liberal-radical desde la Ilustración.

18. AZAÑA DÍAZ, Manuel, *Obras Completas*, tomo II, p. 693 (Charla en la sociedad «El Sitio», Bilbao, 4-IV-1933).

teniendo muy poco en cuenta «las razones» del contexto, lo que supone un escaso sentido de la acomodación y el pacto.

Seguramente que a mí me llaman sectario en todas partes. Pero, bien: yo no lo rechazo. Todos somos un poco sectarios, sectarios de nuestro propio pensamiento. Yo no conozco a nadie que esté dispuesto a guiarse por el pensamiento del vecino de enfrente, y en política, cuando todas las cosas pierden matices, flexibilidad, cuando se convierten en acción o en obra de gobierno... hay que dar a la idea y a los programas una dirección de flecha triangular y penetrante.¹⁹

No es que Azaña se desentienda por completo del contexto social ni de la carga histórica de la tradición, lo que ocurre es algo un poco distinto: ambas realidades deberán tenerse en cuenta para establecer certeramente el diagnóstico y operar después con exacto conocimiento en la reforma, pero nunca deberán ser un lastre para la misma. La historia, dirá, es la corrección de la tradición por medio de la razón;²⁰ la actuación política no debe ir a rastras de la realidad; al contrario, tendrá que transformarla mediante una labor creadora.

La obligación de un político y de un gobernante no es tender la vela al viento que pasa, sino quizá contrariar el viento; mejor dicho, navegar.²¹

19. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo II, pp. 439 y 440 (Discurso en Santander, el 30-IX-1932).

20. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo II, p. 259 (Sesión de Cortes del 27-V-1932).

21. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo II, p. 324 (Discurso en el Centro de Acción Republicana de Madrid, el 22-VI-1932).

El intelectualismo político o la política intelectualista, que en Azaña encarna de modo casi antológico, aunque implique, como decimos, una actitud intransigente, no se identifica necesariamente con el dogmatismo. El enfoque de la contienda política como una lucha entre lo verdadero y lo falso²² y no como un simple regateo entre intereses contrapuestos, no conduce en Azaña a la afirmación dogmática de un repertorio cerrado de fórmulas «salvadoras». Más bien se trata de todo lo contrario.

La acción política es una defensa de la inteligencia frente al error,²³ y el error consiste, precisamente, en negar a priori la posibilidad de la verdad ajena, y la inteligencia en aceptar esta posibilidad y negar, en consecuencia, el dogma. La verdad universal que debe orientar, piensa Azaña, toda acción política, es la verdad de la libertad. No hay más verdad que la de la libertad de cada cual en busca de la verdad propia, ni más profundo error que el intento de negar a los demás esa libertad. Azaña es así un sectario de la libertad, es decir, un liberal jacobino, que es probablemente la única forma de ser liberal allí en donde el liberalismo no constituye la base de toda cultura política.

Dejando de lado facetas que, aunque importantes, son en cierto sentido secundarias, como la de su patente esteticismo,²⁴

22. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo I, p. 489: «Cualquier pugna política, despojada de sus apariencias, se resuelve en una contienda entre lo verdadero y lo falso.»

23. *Ibid.*, *op. cit.*, tomo I, p. 489: «Para mí, la acción política es un movimiento defensivo de la inteligencia, oponiéndose al dominio del error.»

24. En este sentido está su elogio del político buen escritor (*vid.* Notas 14 y 16) y su creencia en el poder de la expresión literaria, que se evidencia en el lema o subtítulo que colocó en la cabecera de su revista literaria *La Pluma*: «La pluma es la que asegura castillos, corona reyes y la que sustenta leyes». Quizá la mejor representación de este talante se refleja en unos párrafos de sus *Memorias* correspondientes al día 31-V-1937 (*Obras Completas*, tomo IV, pp. 606 y 607): En medio de sus reflexiones sobre impor-

el rasgo más definitorio de la figura de Azaña es el de su liberalismo radical.

3. El liberalismo radical de Azaña

Sus antecedentes, su formación, su pertenencia a la clase media le inclinaban, sin duda, hacia el liberalismo,²⁵ que en su época era ya sinónimo de política civilizada y había perdido su sentido unívoco. Se podía ser liberal de muchas maneras; Azaña elige el radicalismo, la izquierda, como signo de avance, progreso, ataque audaz a los problemas.²⁶ En fin, su liberalismo es revolucionario. La actitud política de Azaña no se encaminará, en consecuencia, hacia la simple reforma, sino hacia la total transformación de las instituciones.

Como ya se ha dicho antes, hubo un Azaña reformista anterior a septiembre de 1923; conviene por ello desentrañar la significación de su ruptura con el reformismo, ya que, además de constituir una cuestión esencial para la comprensión de su pensamiento político, supone un cambio que tendrá indudable trascendencia para la historia de nuestro país.

tantes cuestiones políticas se detiene a criticar el estilo —malo a su juicio— literario de Zugazagoitia, y se extiende sobre ese tema, la estilística literaria, pasando después, sin solución de continuidad, a su preocupación política.

25. Téngase en cuenta, además, su conocimiento de las doctrinas liberales y su admiración por las mismas, como se desprende de toda su obra y como también es afirmado por Cipriano de Rivas-Xerif (*op. cit.*, pp. 58 a 65). Incluso se encuentra, aunque sin confesarlo explícitamente Azaña, en todas sus afirmaciones sobre la libertad, y en concreto sobre la libertad de opinión, una gran influencia del pensamiento de John Stuart Mili, quizás a través de su obra *On liberty*, ya traducida por aquellos años al español, de amplia circulación entre los estudiosos y estudiantes de entonces. Recuérdese que don Fernando de los Ríos la exigía, como libro de utilización obligatoria, a sus alumnos de doctorado en la Facultad de Derecho.

26. *Ibid.*, tomo II, p. 914 (Discurso en el Coliseo Pardiñas de Madrid, el 11-11-1934).

La pretensión de modificar la sociedad española, que se registra desde los primeros escritos de Azaña, es una idea que comparte con las «élites reformistas» de su época y de las anteriores; en línea, pues, con la corriente renovadora que arranca de muchos años antes, que marca sus huellas en la Ilustración, en los liberales de Cádiz, en los revolucionarios del 68, en la Institución Libre de Enseñanza, y que se califica por el intento de racionalizar, a fin de cuentas de europeizar, a España. Esta corriente impregna a la mayor parte de los miembros de la generación de Ortega y Azaña. El ascendiente de la Institución Libre sobre la generación de 1914 es bien sabido, pero sobre Azaña en particular es patente, como él mismo se encargó de afirmar en varias ocasiones.²⁷ Por eso no se considera el primer portavoz de ideas nuevas para reformar al país, sino el heredero de una tradición liberal española, minoritaria pero continuada a lo largo de nuestra historia:

Yo hablo de la tradición humanitaria y liberal española, porque esta tradición existe, aunque os la hayan querido ocultar desde niños maliciosamente. España no ha sido siempre un país inquisitorial, ni un país intolerante, ni un país fanatizado, ni un país atraillado a una locura, locura que algunas veces pudo parecer sublime. No ha sido siempre así, señores, y a lo largo de toda la historia de la España oficial, a lo largo de toda la historia de la España imperial, a lo largo del cortejo de dalmáticas y de armaduras y de estandartes, que todavía se os-

27. *Ibid.*, tomo II, p. 639 (Discurso en el Frontón Central, de Madrid, el 14-III-1933), tomo III, pp. 815 y 816 (*Diario*, 19-11-1915, anotaciones sobre la muerte de don Francisco Giner de los Ríos).

tentan en los emblemas oficiales de España, a lo largo de toda esa teoría de triunfos o de derrotas, de opresiones o de victorias, de persecuciones o de evasiones del suelo nacional, paralelo a todo eso ha habido siempre durante siglos en España un arroyuelo murmurante de gentes descontentas, del cual arroyuelo nosotros venimos y nos hemos convertido en ancho río.²⁸

Ahora bien, el reformismo de Azaña anterior a la Dictadura se diferencia un tanto del postulado por los institucionalistas y, desde luego, sin lugar a dudas, por los regeneracionistas: hay en él una defensa a ultranza de los valores liberal-democráticos que no se encuentra con el mismo grado de firmeza en las otras élites reformadoras. Para Azaña únicamente es admisible la forma de Estado de la democracia, y no caben reformas bajo regímenes que, argumentando con la eficacia, supongan realmente un ataque a la libertad. Fuera de este punto, en el resto de sus pretensiones coincide básicamente, en esa época, con las demás corrientes reformadoras (educación como medio de modernización, negación de un cambio violento de las instituciones, «europeización» por la vía de la evolución). Es muy significativo a este respecto el artículo de Azaña sobre Costa publicado en *La Pluma* en marzo de 1921, donde pueden leerse unos párrafos que reflejan con claridad cuanto acaba de decirse:

La fútil superficialidad de ciertos «remedios» quizá viene también de la ansiedad que no admite espera: re-

28. *Ibid.*, tomo II, pp. 693 y 694 (Charla en la sociedad «El Sitio», de Bübao, 9-IV-1933).

sulta que España ha de salvarse por obra del Estado (unas Cortes, unos jueces), el cual necesitará salvarse primero a sí propio mediante un esfuerzo cuyos móviles y trámites no se ven muy claros... El fin de toda acción pública, de toda política, es elevar ilimitadamente la dignidad de cada individuo... En el orden político, ese liberalismo se realiza mejor que nada por la democracia... Pero hay otra [rectificación de Araquistain a Costa] quizá más profunda; consiste en fiar menos en una revolución constitucional y política que en la transformación moral del individuo, en nuestro caso, del español... Yo no estoy lejos de compartir la opinión de Araquistain.²⁹

En cambio, después de producirse el golpe de Estado de Primo de Rivera, a los dos años y siete meses del anterior artículo, publica otro, el 20-X y 22-XII-1923, en la misma revista, en el cual, volviendo al tema de antes (Costa), su actitud ha cambiado en extremo; ya no hay dudas sino rotundidad, ya no cree en la reforma de la sociedad anterior a la de las instituciones estatales sino en todo lo contrario:

La «revolución desde arriba»... no significa, por sí misma, nada. Depende de quien sea el que esté arriba, y también de los caminos por donde haya llegado. Ateniéndonos al sentido costista, esa revolución significa que el Estado funcione bien; pero da por resuelto el problema

29. *Ibid.*, tomo I, pp. 443 y 444. Obsérvese que Azaña está más cerca de los institucionalistas que de los regeneracionistas. Además, rechaza al «cirujano de hierro» de Costa, ya que, para él, sólo es concebible un Estado con «unas Cortes», «unos jueces». Puede verse el artículo de Raúl Morodo, «Joaquín Costa y Manuel Azaña» en la revista *Ibérica*. Nueva York, 15-VII-1971.

del Estado; más aún: acepta el Estado en su forma actual, en el momento de inaugurarse la revolución. Es muy poco revolucionario... Costa se persuade que los españoles tienen hambre, que no saben leer y escribir: déseles pan, ábranse escuelas... Riéguese la tierra, repuéblense los montes... Mas ¿quién ha de costear el pan y las obras? ¿Quién regentará la escuela? ¿De quién será la tierra, esté seca o regada?³⁰

Queda claro, pues, que primero habrá de obtenerse el poder, reformarlo y, después, mediante ese poder modernizado reformar al país. He aquí la ruptura de Azaña con el liberalismo anterior, con el reformismo histórico; frente a ellos, políticos del mal menor y el pacto, sostendrá la necesidad de una actitud radical, de un cambio audazmente revolucionario. Desde ese momento (la Dictadura) su liberalismo será «intransigente», como muy bien ha expresado Marichal³¹ (aunque dicho autor no señale la transformación sufrida por Azaña desde el reformismo a la revolución): «Azaña siente (sin decirlo explícitamente) que las “finalidades” liberales excluyen forzosamente el empleo de los “medios” usuales en la política española (o de otros países). Para Azaña la tragedia del liberalismo español, desde sus principios en el siglo XIX, pero sobre todo desde 1854, ha sido su tendencia a la transacción y al compromiso... El deber de los verdaderos liberales es, pues, muy claro: lo que él llama intransigencia».

30. *Ibid.*, tomo I, pp. 558 y 559.

31. MARICHAL, Juan, *op. cit.*, p. 138.